

SEIFERT, J.: *Conocimiento de Dios por las vías de la razón y del amor*. Traducción de Pedro Jesús Teruel, revisiones y añadidos de Josef Seifert, Madrid, Ediciones Encuentro, 2013, 259 pp.

Nos encontramos ante la última obra publicada en español de Josef Seifert, a quien podemos considerar como uno de los mayores cultivadores de la fenomenología realista en la actualidad. Esta obra, que se suma a su ingente aportación filosófica –pues cuenta con más de quince libros publicados, y varios cientos de artículos que abarcan todos los campos de la filosofía– supone una versión corregida y aumentada del original alemán *Erkenntnis des Vollkommenen. Wege der Vernunft zu Gott*, editado en Bonn por Lepanto-Verlag en 2010.

Como puede apreciarse, a diferencia del título en alemán –que sólo contempla las vías de la razón–, el título en español recoge las vías del amor además de las vías de la razón –conforme al título original concebido por el autor–, lo que refleja más fielmente el contenido de dicha obra e incide de manera expresa en una de las propuestas más novedosas que recoge este libro. Esto es así porque, junto a la defensa de la existencia de Dios por medio de una nueva interpretación de pruebas de dicha existencia que se han dado a lo largo de la

historia, que podríamos considerar como las vías de la razón, encontramos también en esta obra la defensa de argumentos probatorios de la existencia de Dios que parten de análisis fenomenológicos del amor; pruebas que constituirían las vías del amor, pero sin perder por ello un ápice de racionalidad.

Este libro constituye una firme defensa de la posibilidad de conocer la existencia de Dios, infinitamente bueno, sabio y poderoso, desde una consideración de la realidad con ayuda de la razón. Además, defiende que es posible fundamentar las pruebas de un Dios en sí existente e independiente de opiniones humanas e ideas subjetivas, con solidez y de modo exclusivamente filosófico –lo que posibilita, en principio, la apertura de dichas pruebas a cualquiera que esté interesado–. La fundamentación de estas tesis se presenta por medio de ocho vías, desarrolladas a lo largo de nueve capítulos, en los que, además, vamos a encontrar aportaciones filosóficas de gran relevancia que sirven de base a esas vías para el conocimiento de Dios.

Así, en el primer capítulo, el autor nos muestra la relevancia del problema que se va a tratar desde una perspectiva racional, debido a su naturaleza específicamente filosófica, pues «la pregunta por Dios [...] no es una cuestión marginal, sino que pertenece al núcleo de la lucha humana por la verdad y, por tanto, de la filosofía» (pág. 15). Esto no puede negarse, a pesar de los numerosos críticos que hay en la actualidad tanto con la posibilidad de justificar la existencia de un Dios que no sea inmanente, que sea algo más que un objeto o postulado de la conciencia humana, como con que la cuestión de Dios pueda tener cabida en una filosofía científica y sistemática a la altura de unos tiempos que han declarado el final de la metafísica como un destino inapelable. De este modo, encontramos en este capítulo una magnífica exposición de los motivos que han llevado a esta desconfianza generalizada respecto a toda metafísica, en especial respecto a las pruebas de la existencia de Dios.

El segundo capítulo comienza con una introducción que nos describe cómo va a desarrollarse el contenido central de la obra, es decir, los ocho caminos para el conocimiento racional de Dios, tomando también en consideración su relación con las cinco vías tomistas. Encontramos, además, una de esas aportaciones filosóficas de gran relevancia, como es la reformulación del principio de razón suficiente. Una reformulación que considera necesaria debido a la influencia negativa que tiene, en la cuestión de Dios, la formulación leibniziana de un principio sobre el que se fundan todas las pruebas de la existencia de Dios que parten del mundo y, también, el argumento ontológico. Por último, expone en este capítulo una interpretación novedosa de las tres primeras vías tomistas –con las que se corresponden sus tres primeros caminos para el conocimiento de Dios desde el mundo–. La novedad de su interpretación radica en que las considera, además de cosmológicas, vías personalistas para el conocimiento de Dios, de forma que, por medio de estos argumentos, no sólo conocemos que Dios es acto puro, causa primera y ser necesario sino, también, un ser personal y libre.

El cuarto camino propuesto por Seifert, que se corresponde con la quinta vía de Tomás de Aquino, lo encontramos en el tercer capítulo. Se trata del argumento «teleológico» que parte de la experiencia empírica del orden concreto de la naturaleza, y constituye, como afirma el autor, la prueba de la existencia de Dios que nos resulta más cercana. Esta argumentación, que muestra el absurdo que supone intentar explicar el origen de la plenitud del ser y de la ordenación a fines mediante el azar, precisará, sin embargo, para ser concluyente respecto a la infinita bondad de Dios y su ser todopoderoso, ser completada por la séptima vía propuesta por Seifert y por el despliegue de toda una Teodicea.

Precisamente, adelantándonos al orden en el que se presenta en esta obra, el séptimo capítulo lo dedica a esbozar algunos argumentos respecto a cómo es posible compadecer la infinita perfección y bondad moral de Dios con la existencia de numerosos y terribles males en el mundo. De su desarrollo destacamos la acertada distinción entre el carácter teocéntrico del mal moral y el carácter antropocéntrico del sufrimiento. Y, aunque el autor no puede más que reconocer que la razón humana no podrá jamás desentrañar del todo la respuesta, también afirma que esto, sin embargo, no puede constituir una refutación de la existencia y de la bondad de Dios, puesto que una falta de comprensión no puede refutar una intuición y unas pruebas conocidas positivamente, como las aducidas por él a lo largo de esta obra.

Las vías quinta y sexta defendidas por Seifert constituyen los dos caminos específicamente personalistas. Ambas proceden de un modo similar al argumento teleológico, pero tienen su punto de partida en el ser más elevado del cosmos, la persona humana, desde el cual fundamentan la existencia de Dios. En cualquier caso, la quinta vía propuesta por el autor, que parte de la realidad del alma humana, así como de su espiritualidad, en tanto que fundamento personalista de una prueba causal-teleológica de la existencia de Dios, se desarrolla en el capítulo cuarto. Esta prueba muestra cómo el creador, la causa eficiente última de la persona humana, de su alma, puesto que es un ser espiritual y libre, sólo puede ser un Dios que sea, a su vez, un ser personal y libre; y, además, omnipotente. Se trata, por tanto, de la coronación de los argumentos causal y teleológico –segunda y quinta vía tomista– pero, también, de una nueva vía específicamente personalista para el conocimiento de Dios. A esta exposición antecede lo que podríamos considerar un breve tratado acerca de las pruebas de la existencia del alma humana espiritual como fundamento de este quinto camino. Sin embargo, a pesar de su brevedad, es de gran interés, pues establece la imposibilidad de explicar el origen del alma humana a partir de la materia, de procesos neuronales o epifenómenos, u otros productos de procesos neuronales, o por medio de tesis evolucionistas; ambas, por otra parte, muy en boga en nuestro tiempo.

La sexta vía del conocimiento de Dios a partir del mundo comprende una serie de argumentos –los específicamente personalistas en un sentido restringido, frente a la quinta vía– que el autor desarrolla en el quinto y sexto capítulo. A pesar de la gran diferencia que hay entre los distintos argumentos agrupados en esta vía, todos quedan integrados bajo una única consideración, porque todos ellos toman como punto de partida la indagación de la esencia y el objeto de los actos personales y de las dimensiones de la existencia. Seifert expone cómo estos actos y realidades personales sólo pueden tener por objeto esencialmente necesario, por meta, o garante suyo de sentido, única y exclusivamente a Dios, de tal forma que no es sólo deducido indirectamente a partir de la vida personal humana, sino que se revela a sí mismo en ella. Esto supone una forma de conocimiento de Dios mucho más inmediata que la que era posible mediante las pruebas cosmológicas, ya que no descansa sobre la base de observaciones empíricas y, de ahí, su novedad y la imposibilidad de equiparar estos argumentos a una teleología natural.

Como muestra de estas pruebas específicamente personalistas en sentido restringido encontramos, en el capítulo quinto, las pruebas morales de la existencia de Dios, cuya raíz está en la esencia objetiva de la moralidad. A través de diez argumentos que destacan diversas relaciones de esencia que se dan entre los valores morales, la persona humana y Dios, se nos muestra la existencia real de Dios y de sus atributos. Pero, como afirma el autor, más que de una prueba de la existencia de Dios, parece tratarse de una especie de revelación

natural y de experiencia de Él. Cabe destacar que varios de los argumentos recogen intuiciones kantianas pero que, al ser clarificadas fenomenológicamente y liberadas de su subjetivismo, nos permiten acceder a un conocimiento objetivo-teorético de Dios, de forma que no queda reducido a un mero postulado de la razón práctica.

En el capítulo sexto se recogen los restantes argumentos específicamente personalistas que se engloban dentro de la sexta vía propuesta por Seifert. En este caso se trata de argumentos que parten de dos de los actos de la persona más fundamentales, la gratitud y el amor. En primer lugar, desarrolla el autor un magnífico análisis fenomenológico de la gratitud, en el que se plantea la verdadera esencia y profundidad de un acto tal, así como la visión del mundo y del ser que supone. Este análisis nos lleva a confirmar los presupuestos antropológicos y metafísicos que implica el acto de gratitud, como son la existencia de la libertad de la persona, la existencia autónoma de otras personas, la capacidad de auténtica benevolencia y, además de todo ello, nos hace confirmar ese movimiento de «exceso» trascendente, que fundamenta la posibilidad del conocimiento de Dios a partir de la gratitud, según el cual la dinámica del sentimiento de gratitud no puede pararse hasta que no alcance a una persona de una naturaleza originaria en sentido absoluto, un ser personal igualmente absoluto y bondadoso.

En segundo lugar, se presentan las pruebas de la existencia de Dios a partir del amor –últimas pruebas que se enmarcan dentro de la sexta vía de esta obra–. Se trata de la prueba personalista más profunda, puesto que parte del acto más elevado de que el hombre es capaz, el amor. Estas son, principalmente, las vías del amor expuestas por el autor, que, sin embargo, no dejan de ser racionales. En línea con lo que Hildebrand tratara de mostrar, la esfera afectiva de la persona no pertenece al ámbito de lo puramente irracional, bien al contrario, sus muestras más elevadas, las respuestas afectivas –como lo es eminentemente el amor–, se corresponden de forma coherente con la realidad, es decir, con los valores que acontecen en ella. Para desarrollar estos argumentos, Seifert atisba pruebas que parten del amor humano, de la experiencia de que la persona humana es digna de ser amada pero, también, pruebas que parten del amor a Dios, aunque en un primer momento pudiera parecer imposible no caer en una *petitio principii*. Esto lo lleva a cabo por medio de una aguda consideración fenomenológica sobre el amor, que contempla las notas esenciales del amor personal en general y su decisiva variación en el amor a Dios.

Pero la prueba más profunda de la existencia de Dios desde el mundo –tanto desde el punto de vista cosmológico como personalista– la encontramos en el octavo capítulo. Se trata del séptimo camino propuesto, una interpretación novedosa de la cuarta vía de Tomás de Aquino, que asciende desde un mundo limitado e imperfecto hasta un Dios perfecto. Sin embargo, para poder comprender plenamente este argumento –que encierra los planteamientos más importantes de todo conocimiento filosófico sobre Dios–, es necesario aprehender que la esencia divina, así como sus atributos y perfecciones puras, poseen una necesidad interna iluminadora que no es susceptible de invención. Por ello, el autor emprende una breve pero fundamental exposición acerca de las perfecciones puras, en la que podemos también encontrar una nueva prueba de la existencia de Dios por las vías del amor: la prueba de la existencia de Dios a partir del auténtico amor humano articulado sobre el carácter del amor como perfección pura.

Por último, pero ocupando, precisamente por ello, un lugar eminente en el desarrollo de su argumentación, encontramos su interesantísima defensa del argumento ontológico: el octavo camino de la razón hacia Dios. Este argumento, que el propio autor considera como

la prueba más profunda y el fundamento último de todas las demás, tiene como fundamento propio la esencialidad divina, a partir de la cual prueba su existencia real y necesaria.

Por nuestra parte, consideramos que nos encontramos ante una destacada obra filosófica, no sólo porque su objeto de conocimiento es de capital importancia para la filosofía, sino, también, porque se centra en el tipo de conocimiento que podemos tener de dicho objeto. Además, en todo momento el autor nos hace conscientes del grado de conocimiento y rigor que podemos alcanzar por medio de las distintas vías, sin negar las limitaciones allí donde están presentes. Puede destacarse, asimismo, la actitud crítica de la obra y su sistematicidad. Sólo en algunos puntos, en especial en lo referente a la sexta vía, puede no verse claramente, en una primera lectura, la articulación de dicha vía (a cuyo esclarecimiento esperamos haber colaborado con esta breve reseña).

Queremos señalar, para evitar confusiones, que cuando en la página 117 se habla acerca del argumento sobre el amor como perfección pura como la parte más sublime y central de su sexta vía, se está haciendo referencia a la séptima vía y no a la sexta.

De igual forma tenemos que decir que, al limitarse en muchos de los argumentos a exponer sus líneas de fuerza, en ocasiones éstos resultan demasiado escuetos y requerirían de un mayor desarrollo para que fuera posible una mejor comprensión de ellos. Sin embargo, dicho desarrollo, en la mayor parte de los casos, puede encontrarse en otras obras del autor convenientemente citadas a lo largo del libro. Lo que además resulta comprensible, pues si se desarrollaran en detalle cada uno de los argumentos presentados la extensión de la obra resultaría inabarcable y, en gran medida, perdería su unidad argumental.

Por otro lado, aunque esta obra no recoge –ni lo pretende– de forma exhaustiva todos los argumentos acerca de la existencia de Dios que se han dado a lo largo de la historia, encontramos en ella, sin embargo, valiosas referencias a muchos de los argumentos más relevantes que se han dado a este respecto, desde la antigüedad hasta nuestros días.

Asimismo, creemos que esta obra es una de las más sugerentes que podemos encontrar en el ámbito de la filosofía en la actualidad, puesto que pone en cuestión uno de los prejuicios más generalizados en nuestro tiempo, aquel que afirma que ninguna prueba racional de la existencia de Dios puede aportarnos ya nada. Y esto lo hace, además, con claridad y precisión, lo que ayuda a una mejor comprensión y la hace accesible para todo aquel que esté interesado, pero sin perder profundidad. Todo ello no invita sino a una detenida consideración de los argumentos que se presentan, como bien merece la obra.

Sólo nos queda añadir, para finalizar, que este libro parece de obligada lectura para todo aquel que busque sinceramente la verdad, pues se trata de una muy buena muestra de lo que es la fenomenología realista, tal y como el propio autor la ha definido:

La “fenomenología realista” [...] constituye [...] un nuevo esfuerzo, rigurosamente llevado a cabo, de hacer simplemente filosofía buena y verdadera, de hacer filosofía que investiga los datos de todos los modos en que se dan auténticamente al conocimiento filosófico, haciendo frente con nitidez a la multitud de enemigos que con tanta facilidad estorban nuestra pretensión de filosofar de manera rigurosa, objetiva y antirreduccionista.<sup>3</sup>

Alicia RODRIGO FERNÁNDEZ  
ma.rodrigo@ucm.es

<sup>3</sup> J. Seifert, *Discurso de los métodos de la filosofía y la fenomenología realista*. Edición y traducción de Rogelio Rovira. Ediciones Encuentro, Madrid, 2008, pp. 16-17.